

LETRAS



LETRILLAS



L&TRONES

82

LETRAS LIBRES
ENERO 2013

ISRAEL Y PALESTINA

PERDIENDO LA ESPERANZA DE PAZ

LEON WIESELTIER

Las causas perdidas no son causas equivocadas, a menos que ganarlas sea la medida de su legitimidad. El triunfo histórico de una idea no revela nada sobre su valor: el poder usa ficciones y la popularidad de las mentiras es una característica muy antigua de los sucesos humanos. Siempre me estremece leer las medievales polémicas entre judíos y cristianos; la audacia de la retórica judía hacia el triunfalismo cristiano; la arrogante insistencia cristiana en que la humilde posición social de los judíos es prueba de su pobreza espiritual. ¿Se ha oído un argumento más amañado? Y siempre me siento ofendido por la visión hegeliana, que aún sobrevive en muchas formas, de que la historia es responsable de redimir a la filosofía. No hay vergüenza ni error en una existencia minoritaria. Si uno está equivocado difícilmente se deberá a que no se pertenece a una mayoría. Por esto la legitimidad de las causas perdidas es uno de los obsequios del orden democrático. Ahí la herejía

es apenas una opinión más, y no se requiere de gran valor para disentir. La belleza de las causas perdidas puede ser difícil de apreciar en una sociedad como la nuestra, pornográficamente obsesionada con el triunfo, y su tajante suposición de que el fracaso constituye un embate a la dignidad. Por eso, me parece que quienes defienden una causa perdida tienen un poco más de dignidad, porque uno debería ser absolutamente intransigente con aquello que considera verdadero. Esto da una fuerza interior que las circunstancias no pueden derrotar. La columna vertebral le debe mucho a la mente, pero no deberíamos pensar con la columna. Así, paradójicamente, quien persigue una causa perdida puede ser el luchador más obstinado de todos. Y, sin embargo, yo no exageraría el atractivo de las causas perdidas. La tristeza siempre aparece cuando se aplaza un sueño.

He estado pensando en causas perdidas porque llegué a la conclusión de que una de las mías lo está. Ya no creo que la paz entre israelíes y palestinos vaya a ocurrir en el transcurso de mi vida. No he cambiado de opiniones, simplemente he perdido la esperanza. Aún creo con bastante certeza que el establecimiento del Estado palestino es una condición para la sobrevivencia del

Estado israelí, como Estado judío y como Estado democrático; y que sería catastrófico que Israel no fuera un Estado judío, y una catástrofe humana que no fuera un Estado democrático. La única solución para este conflicto fue la que propuso la Comisión Peel en 1937, es decir, la partición de la tierra para formar dos estados. Creo que el asentamiento judío en Cisjordania fue un error colosal, que la ocupación (y la indiferencia que hay hacia ella) corroe el honor de los ocupantes; que el Estado judío es una entidad secular; y que el antisemitismo —que jamás desaparecerá— no explica la totalidad de la historia de los judíos o de su Estado, ni exenta a Israel de hacerse responsable de sus acciones. En resumen, soy un sionista incorregible, y una incorregible paloma, pero, para alarma de algunos de mis colegas, soy una paloma-halcón, ya que advierto que Israel tiene enemigos y creo en la preeminencia ética de la autodefensa. También he irritado a algunos de mis colegas con mi visión poco entusiasta sobre la incapacidad palestina para reconocer la grandeza histórica de llegar a un acuerdo. Desde 1977, o más bien, desde 1947,



Fotografía: AP

♦ Sin acuerdos de paz a la vista.

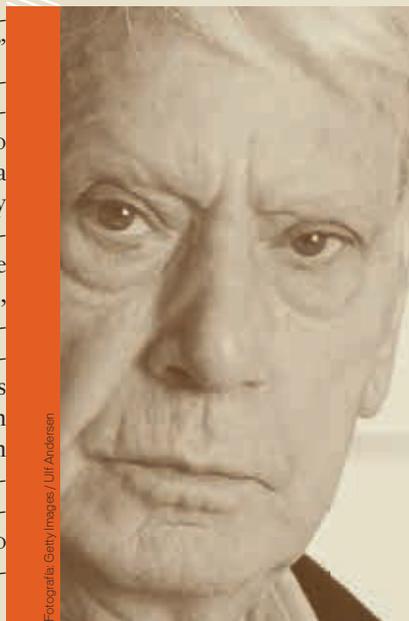
los palestinos han rechazado sistemáticamente todas y cada una de las soluciones que se les han planteado, como si la “inviabilidad” de un Estado imperfecto no fuera preferible a la inviabilidad de la desnacionalización. En décadas recientes han añadido un nuevo maximalismo religioso al antiguo maximalismo secular. Y, no obstante, coincido con la necesidad y la justicia de su demanda de que haya un Estado palestino, pero me sigue haciendo falta la existencia de una diplomacia palestina seria.

Sin embargo, todas estas opiniones comienzan a parecer un sinsentido. Por lo que se ve, la realidad tiene otros planes. Hamás mantiene sobre Gaza un dominio de orden terrorista y teocrático. De forma criminal lanza cientos de cohetes contra civiles israelíes, y celebra la destrucción que hace Israel de su arsenal y su infraestructura como una suerte de apoteosis. Mahmud Abbas festeja el haber logrado en Naciones Unidas la posición de Estado observador con un mezquino discursito en el que acusa a Israel de “una de las campañas de desposesión y limpieza étnica más terribles de la historia moderna”, de una “agresión” no provocada en Gaza, y de “un sistema *apartheid* de ocupación colonial, que institucionaliza la plaga del racismo”. Salam Fayad, el líder palestino que añorábamos, es una figura trágica, aniquilado tanto por palestinos como por israelíes. Benjamín Netanyahu responde en Israel con petulancia al voto de la Asamblea General con una monstruosa propuesta de asentamientos judíos en el área este de Jerusalén que se conoce como “E1”, que barra cualquier posibilidad de un Estado cartográficamente significativo para los palestinos. Netanyahu alió a su partido con el de Avigdor Lieberman, el rostro fascista de Israel, quien propuso juramentos de lealtad para los árabes israelíes, y después, su partido, es decir, el Likud, degrada a sus moderados y promueve a quienes se asemejan a

Moshe Feiglin, el hombre que se refiere a los árabes como “amalecitas” y aboga por su “transferencia voluntaria” de Israel. Estos maniacos antidemócratas florecen en el entorno de Netanyahu, de modo que cada vez más se escucha ese horrendo y antiguo refrán que dice que Jordania es el Estado palestino. No existe una oposición significativa al Likud, solo una variedad despreciable, fragmentada y patética de partidos y figuras que se mueven por intereses propios. Las personas me aseguran que todo esto podría cambiar con voluntad política, pero no la advierto. ¿Y si el remedio de los dos Estados es la única solución cuando nadie busca desesperadamente resolver el conflicto?

Releí el libro *The shepherds' war* de mi viejo amigo Meron Benvenisti, un conjunto de polémicos ensayos que aparecieron en los años ochenta. Ahí, describió “la virtual permanencia de la situación actual”, y reportó: “tras implementar un proyecto que atañe a la vida de las personas, puede descubrirse que se trata de algo irreversible”. Benvenisti discutió y se opuso a la visión progresista de que “no existe eso de una pérdida irrecuperable: las opciones nunca están cerradas, no hay necesidad de incomodar a nuestra conciencia con aquello que hemos desperdiciado, no hay motivo para el dolor perpetuo”. A Meron se le vilipendió por fatalista. Creo que se le debe una disculpa. Ha transcurrido casi medio siglo desde que, en una guerra, Israel adquirió los territorios para salvarse, y más de medio siglo desde que surgió el nacionalismo palestino. Aquellas eran las que se llamaban décadas provisionales, el intermedio sin costo en el que ambas facciones debían entrar en razón. Claro, la lucha sigue. El debate debe continuar también. ¿Pero cuánto dura un intermedio? ¿Y si la razón no llega jamás? ¿Cuándo es que la esperanza deja de serlo para convertirse en ilusión? —

Traducción de Laura Emilia Pacheco



Fotografía: Getty Images / Ulf Andersen

+Semprún: ejercicios de supervivencia.

LITERATURA

JORGE SEMPRÚN Y LA TORTURA

de JORDI CANAL

En el documental para la televisión *Empreintes: Jorge Semprun*, realizado en 2010 por Franck Apprederis —las entrevistas van a ser publicadas, en enero de 2013, en la editorial Libella-Maren Sell—, afirmaba el escritor y exministro de Cultura que estaba preparando un libro de reflexión sobre temas autobiográficos que ya había abordado en una u otra ocasión. Bajo un único título, *Exercices de survie*, se proponía escribir varios volúmenes en los cuales iba a reconstruir su vida. Añadía Semprún que el primero, dedicado a la experiencia en la Resistencia francesa y de la tortura, estaba muy avanzado. La enfermedad y la muerte, que le halló en París en junio de 2011, impidieron la conclusión de este atractivo proyecto.

La editorial Gallimard, el sello que publica habitualmente en Francia las obras de Jorge Semprún, acaba de poner en circulación *Exercices de survie*, con una introducción de Régis Debray. El volumen con-

tiene dos partes, la segunda de las cuales, sobre sus últimos días en Buchenwald y el retorno a tierras galas, había sido apenas empezada. La primera, sin título, que comenzara a redactar en julio de 2005, parece concordar plenamente con la temática descrita por el autor en el documental citado más arriba. El Lutetia, en cuyo bar Semprún entra para evocar cómodamente algunos fantasmas del pasado —en especial, el suyo propio, el joven fantasma disponible del anciano escritor en el que se había convertido—, constituye el punto de arranque de la narración. El parisino Hotel Lutetia, en el número 45 del Boulevard Raspail, fue, sucesivamente, a principios de la década de 1940, sede de la Gestapo y centro de acogida para los refugiados que volvían a Francia tras la Segunda Guerra Mundial. El hotel se encuentra a pocos minutos de la última residencia de Semprún, en un dúplex del número 78 de la Rue de l'Université.

Jorge Semprún no había abordado nunca en extenso el tema de su experiencia de la tortura. Había tratado sucintamente de ello en alguna novela, como *L'écriture ou la vie*, o en entrevistas, como las mantenidas con Jean Lacouture en 1996 y reeditadas, en enero de 2012, con el título *Si la vie continue...*: “Pas d'électricité. Non. Coups et baignoire” [“Nada de electricidad. No. Golpes y tina”]. En 2008, en *Von Treue und Verrat. Jorge Semprún und sein Jahrbundert* (traducción española: *Lealtad y traición. Jorge Semprún y su siglo*, Tusquets, 2010), Franziska Augstein dedicó íntegramente uno de los capítulos del libro a la tortura. Era la primera vez, en fin de cuentas, que el tema era tratado amplia y detalladamente. La biografía no acabó, sin embargo, de convencer a Semprún: a Nuria Azancot le comentó, por ejemplo, que “en realidad me siento totalmente representado, pero yo no me habría contado así muchos episodios” (*El Cultural*, 12 noviembre 2010); dijo a Juan Cruz que, por lo que al episodio de la tor-

tura se refiere, ahora le gustaría contarlo, “pero de otro modo” (*El País Semanal*, 19 diciembre 2010).

En los fragmentos de entrevista que cita Augstein (inicialmente, la obra debía constituir un libro de conversaciones) pueden encontrarse ya algunas de las ideas y digresiones que ahora tenemos la ocasión de leer en el volumen recientemente aparecido. Como quiera que sea, a la simple y detallada descripción, Jorge Semprún prefirió siempre la reflexividad. De nuevo tenemos ocasión de comprobarlo en los *Exercices*, auténticos ejercicios de supervivencia. “Il s'agit ici d'une sorte de réflexion, plutôt que d'un simple récit autobiographique” [“Se trata aquí de una especie de reflexión, más que de un mero relato autobiográfico”], afirma el autor.

La Gestapo de Auxerre detuvo, en 1943, al joven resistente Jorge Semprún-Gérard Sorel. Fue aporreado por los esbirros del Dr. Haas, el jefe local, suspendido con una cuerda atada de las manos esposadas a la espalda —“on a alors, lorsqu'on vous suspend, l'impression d'être disloqué, écartelé à jamais” [“cuando te suspendían, tenías la impresión de que te dislocaban y desmembraban definitivamente”], escribe—, y, finalmente, sufrió el suplicio de la bañera. Este último le dejó una fobia absoluta por los baños colectivos y esos juegos en los que, en broma, se le hunde a uno la cabeza en el agua. Eran, en cualquier caso, los tres primeros estadios, en una escala progresiva, que “Tancrede”, compañero resistente, le había explicitado. El dolor infligido comporta, sin duda, un redescubrimiento del propio cuerpo: “J'ai donc ressenti mon corps comme jamais auparavant” [“Pues sentí mi cuerpo como nunca antes lo había hecho”]. Semprún no delató a nadie.

El episodio de su tortura a manos de la Gestapo es rememorado en un doble plano: la experiencia propia real en la época de la Resistencia, en Auxerre, pero también la experiencia propia posible y, asimismo,

la de los camaradas capaces de ponerlo en peligro, en la etapa de su vida clandestina como dirigente comunista en España. El relato de la primera se enmarca en dos encuentros con Henri Frager “Paul”, su superior en el grupo Jean-Marie Action, en París y en el campo de Buchenwald, respectivamente. La segunda, en otra vida, en otra de las vidas de Semprún, con otro nombre, Federico Sánchez a la sazón. La experiencia de la tortura supone una experiencia de soledad, pero también colectiva, en cierto modo, de fraternidad: no hablar, no facilitar información, no delatar a los compañeros, no ser descubierto, resistir al dolor. Sostiene Semprún, en *Exercices de survie*, que “l'expérience de la torture n'est pas seulement, peut-être même pas principalement, celle de la souffrance, de la solitude abominable de la souffrance. C'est aussi, surtout sans doute, celle de la fraternité” [“la experiencia de la tortura no es solamente, quizá ni siquiera principalmente, la del sufrimiento, la de la soledad abominable del sufrimiento. Es también sobre todo, sin duda, la de la fraternidad”]. Este libro póstumo, que esperamos que sea traducido y publicado prontamente en español, constituye, en definitiva, otra pieza maestra en la obra de uno de los grandes pensadores y escritores de la literatura francesa y española del agitado siglo xx. —

MINIRRELATOS

TRES PASIONES CITADINAS

de JOSÉ DE LA COLINA
EL METRONAUTA

Me llamo Heliodoro Martínez Crespo, servidor, soy soltero, exburócrata, jubilado, pensionado del ISSSTE, duermo en un cuartito de azotea de la calle Donceles, Centro Histórico, vivo como Dios me permite, pobre pero honrado, para mí lo peor no es la pobreza sino la



•El metro: vacaciones a bajo costo.

monotonía, así que hago turismo, sí, aquí donde usted me ve soy turista, no en modo internacional y ni siquiera en modo nacional, no conozco Acapulco ni Cancún ni sé qué es una playa con mar azul y palmeras borrachas de sol o de luna o cualquier paraíso de esos, pero no me quejo, viaje de acá para allá y de allá para acá, así otra vez y otra y otra, son mis vacaciones de pobre, o sea que empleo unas calculo que dieciséis horas de cada día viajando en convoyes del metro, o sea a lo largo y lo ancho y lo profundo de toda la red del transporte público subterráneo, ¿comprende?, y no me sale caro, es solo cada día los tres pesos del boleto y viera que me da para todos los viajes y de una estación en otra, de una línea en otra, de un convoy en otro y un andén en otro, y vuelta a empezar, salvo dos ligeras paradas al día en la estación Hidalgo para echarme una torta con un refresco, con eso tengo y hasta lo disfruto, porque la ciudad de acá abajo tiene como que dijéramos su mar de caras, quién sabe cuántos miles y miles de caras pasajeras, olas y olas de caras, y qué más le digo, seré metronauta hasta que sea la voluntad de Dios que trasborde yo a la línea terminal.

LA LEY DE LA HERENCIA

Durante más de veinte años habíamos vivido sin problemas en este edificio habitado por empleados gubernamentales o profesores de escuela como yo hasta que un día en

el terreno baldío que se ve desde la ventana de nuestro cuarto piso apareció una vieja y esquelética mendiga despiojándose al sol y como nos dio lástima le llevábamos por las noches mi mujer y yo las sobras de la comida a aquel lugar de matojos y piedras y muebles despanzurrados y maquinarias paralíticas y latas herrumbrosas y ratas furtivas y ella se arrojaba al plato de cartón o plástico apenas lo poníamos en el suelo y devoraba el contenido lanzando temerosas miradas a un lado y a otro como si alguien fuese a robarla pero al poco tiempo ya no se resignaba a esperarnos y poco después de caer la noche la oíamos subir la escalera con sus pies pesados y respiración dificultosa como resoplido de locomotora y timbraba en nuestra puerta y gemía larga y rítmicamente si tardábamos en abrir y en presentarle lo que sin duda ya consideraba un obligado tributo y así una noche tras otra y a veces nos hundíamos en la habitación más retirada conteniendo el aliento y mi mujer apretándose temblorosa contra mi pecho mientras la mendiga permanecía allá detrás de la puerta del departamento lloriqueando sin pausa y mecánicamente de modo que como temíamos el escándalo de los vecinos terminábamos saliendo y dándole la pitanza bajando los ojos ante los suyos que sentíamos casi irónicos y ella se alejaba envolviendo el plato en su raído y remendado y sucio rebozo bajo cuyo peso se inclinaba y así por no sabemos cuánto

tiempo hasta que los vecinos que ya se quejaban mucho hicieron que la policía se la llevara y con algún remordimiento nos sentimos exentos de aquella servidumbre sin prever que una semana después se presentaría un hombre con aspecto de pulcro burócrata que decía venir de cierta Sociedad y nos entregó una caja con unos sucios andrajos que fácilmente reconocimos sobre todo por el remendado rebozo y nos hizo firmar un recibo informándonos de que éramos depositarios de esos bienes que no tardarían en tener buen uso y no lo entendimos del todo sino hasta unos días después cuando mi mujer se asomó a la ventana y lanzó un grito y empezó a llorar y yo me asomé y allí en el terreno baldío había otra mendiga tal vez menos vieja y menos flaca enteramente desnuda y rascándose las costras y mirando hacia nuestra ventana y entonces comprendimos que había que bajar llevando mi mujer el plato de sobras y yo la caja con andrajos y que no serviría de nada cambiarse de casa ni de colonia ni de ciudad ni tal vez de país.

ROMEO Y JULIETA, S. XXI

Julia Manzano y Rómulo Castillo, solteros y solitarios los dos, ella dueña y única dependienta de una pequeña papelería en la avenida Coyoacán al sur de esta ciudad, él contador público titulado con oficina en su casa en la calle de Uruguay de la colonia Centro de esta ciudad, eran dos absolutos desconocidos pues no se habrían encontrado ni siquiera una vez en sus corrientes y monótonas vidas, y acaso ni siquiera en uno casual entre los miles y miles de cruces casuales de gente mutuamente desconocida en las calles de Esmóxico City, pero tenían cada uno una laptop con internet y una noche ocurrió que —ahora sí por una de esas casualidades que tienden a producir una señal del Destino— supieron uno de la otra, y viceversa, en una electrónica página de “Corazones Solitarios” o algo así, y como por juego empezaron

a chatear noche tras noche, y a las dos semanas ya desde sus e-mails se enviaban piropos cada vez más exaltados, y su diálogo entre las distantes pantallas fue haciéndose cariñoso, fue creciendo hasta convertirse en un intenso idilio, o “romance” (según suele decirse): si Rómulo una noche escribía: “Eres la mujer de mi vida”, Julia tecleaba: “Eres mi amado de todo el corazón”, y se juraban amor hasta más allá de la muerte, y, cuando en su primera y única cita se encontraron en un recoleto café de la colonia Roma, se miraron silenciosos y parpadeantes y, después de más o menos una hora de platicar del clima y de la dificultad de los traslados por la ciudad y de una película que ella había visto y él no, pero quiso que ella se la contara, y ella se la contó, descubrieron que su encuentro los hacía más tímidos de lo que ya eran y que no sabían qué más decirse ni qué hacer, y finalmente Rómulo dijo: “Para mí es una gran alegría saber que existes”, y Julia musitó: “Pues yo igualmente”, y él pagó los capuchinos y los bizcochitos y se besaron en las mejillas y se fue cada uno para sus casas y desde entonces, de nuevo hay entre ellos kilómetros de ciudad, y no han vuelto a verse, pero se sienten felices enviándose noche tras noche amorosos mensajes que centellean en las pantallas de sus distantes laptops. ~

MÚSICA UN TAL RODRÍGUEZ: EL HOMBRE QUE NUNCA ESTUVO ALLÍ

ENRIQUE HELGUERA DE LA VILLA

Esta historia es tan delirante y fantasiosa que lo que en realidad lo deja a uno pasmado es que pueda ser, no ya verosímil sino directamente verdadera. Se inicia o termina (segúnelijamos) en 2006, cuando un director de cine sueco, Malik Bendjelloul, se marchó a Sudáfrica en busca de inspiración para su primera película y acabó charlando en una tienda de

discos de Ciudad del Cabo con su propietario, un discópata llamado Stephen Segerman, alias “Sugar”, quien le aclaró el origen de su dulce apodo. De esa conversación surgió *Searching for Sugar Man*, un documental que ha ganado los Premios del Jurado y del Público en el Festival de Sundance de 2012 y que luego ha seguido cosechando éxitos en otros muchos certámenes, desde Moscú hasta Doha. Pero la curvatura del tiempo nos llevaría en sentido inverso hasta 1925, cuando una familia de inmigrantes mexicanos arribó a Detroit, por aquel entonces una de las ciudades pujantes del mecanizado sueño americano. Allí nació Sixto —llamado así por ser el sexto vástago de la familia Rodríguez—, cuya infancia transcurrió entre la miseria y la violencia de los arrabales de la gran ciudad, con el rápido abandono de los estudios para perpetuar el oscuro destino de bracero industrial de su padre. Ya entrados los sesenta, sus inquietudes corrían paralelas a los vientos de lucha y libertad en la Norteamérica de entonces (Martin Luther King y César Chávez luchaban por los derechos civiles de las minorías negra y latina). En sus ratos libres, armado de una guitarra y un puñado de composiciones que hablaban desde la pobreza, la violencia, la injusticia y las drogas del gueto, Rodríguez deambulaba por los garitos de Detroit, en una atmósfera que rezumaba activismo político, antimilitarismo y oposición a la guerra de Vietnam, sexualidad liberada y experimentación con las drogas.

En 1967 le presentaron a Harry Balk, dueño del diminuto sello Impact, para quien grabó un primer tema, “I’ll slip away” (“Me desvaneceré”) —título que hoy suena escandalosamente premonitorio—, con el desternillante nombre artístico de Rod Riguez. La canción no tuvo ninguna repercusión pero los músicos de estudio que lo acompañaron —nada menos que el guitarrista de la Motown, Dennis Coffey, y el compositor y arreglista Mike Theodore—,

quedaron muy favorablemente impresionados con el muchacho. Años después, ambos músicos hablaron largamente de su talento para la composición, sus variados registros de voz y la calidad poética y rabiosamente combativa de sus letras a Clarence Avant —uno de los padrinos de la música negra, productor y manager de Sarah Vaughan y de Lalo Schiffrin—, quien acababa de fundar un nuevo sello, Sussex Records, que también sería la primera discográfica de Bill Withers. Tras recuperar su verdadero y anónimo nombre artístico, Rodríguez grabó —con aires *folk* y dylanianos pero con una voz más suave y negra, arreglos con rasgos de *soul & funk* y toques psicodélicos—, *Cold fact* (“La cruda realidad”) en 1970 y un año después *Coming from reality* (“Viniedo de la realidad”) bajo la dirección de Dennis Coffey, Mike Theodore y los músicos de Motown, The Funk Brothers. Siguiendo la estela perversamente agorera de sus títulos, la frialdad de los hechos le demostró que, si venía de la realidad, caminaba en dirección a ninguna parte. En todo caso, naufragar sin dejar rastro en el deslumbrante océano musical de aquellos años en el que tan solo en Detroit —y sin extendernos a otras ciudades y sellos de Estados Unidos— la maquinaria Motown hacía sonar en todas las emisoras a The Supremes, Marvin Gaye, The Jackson Five, Stevie Wonder, The Temptations, The Isley Brothers y muchos más, tampoco era nada de lo que uno pudiera avergonzarse. Dos años después Sixto Rodríguez abandonó la música profesional y prosiguió, como obrero de la construcción, su rutinaria y aparentemente feliz vida suburbial, amenizada por un matrimonio y unos cuantos hijos.

Pero la realidad es un misterio: la música de Rodríguez atravesó el océano Atlántico y unos pocos ejemplares de *Cold fact* aterrizaron en la aterrorizante Sudáfrica de la época, a donde también llegaron álbumes emblemáticos como *Abbey Road* de The Beatles, *Bridge over trou-*



+Un artista de culto.

bled water de Simon and Garfunkel y alguno que otro título mítico de Bob Dylan y The Doors. Al igual que ellos, Rodríguez se convirtió en secreto artista de culto. Curiosamente tanto su música como la temática de sus letras interesaron vivamente a una parte de la población blanca, universitarios progresistas de clase media que estaban en contra del *apartheid* (y del servicio militar obligatorio necesario para perpetuarlo). Sus vinilos cobraron vida propia, empezaron a rodar por el país africano y, tras el cierre de Sussex Records, los derechos fueron adquiridos por A&M Records, quien decidió reeditarlos. Con más de medio millón de copias vendidas, *Cold fact* se convirtió en disco de platino, un éxito que luego se contagió a la vecina Rodesia (hoy Zimbabue). Algunos años después el sello australiano Blue Goose Music licenció los derechos y el fenómeno se extendió hasta el fin del mundo: Nueva Zelanda y Australia.

En todo este tiempo nadie se extrañó del silencio del artista ni se interesó por su trayectoria posterior, porque se creía que había compartido el destino de tantos otros héroes trágicos, como Jimi Hendrix, Jim Morrison, Syd Barrett o Janis Joplin. Su desaparición, según mu-

chos, se debía a un suicidio o a una sobredosis de heroína, a una cadena perpetua o al confinamiento en un sanatorio mental. A finales de los años setenta, Rodríguez realizó una modesta gira en Australia como telonero de un grupo local y llegó a abrir a los potentísimos Midnight Oil. En alguna de aquellas actuaciones se grabó un disco, *Alive* (y no "Live"), cuyo título pretendía desmentir —y explotar— la leyenda de su desaparición.

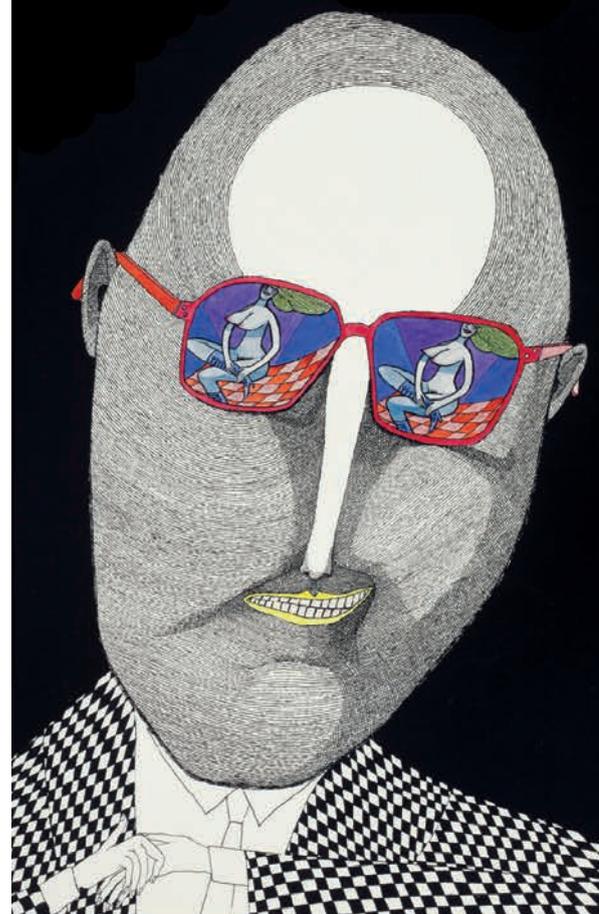
En Sudáfrica solo hubo silencio, hasta que Craig Bartholomew y Stephen Segerman decidieron en 1998 investigar el paradero de Rodríguez. El hombre que "nunca estuvo allí" se quedó perplejo al saber que siempre había estado presente. Habían transcurrido casi treinta años y finalmente pudo llevar a cabo una exitosa gira, de la que se rodó un documental para dejar constancia a los incrédulos recalcitrantes de que seguía vivo, puesto que los muertos no pueden ir de gira (*Dead men don't tour: Rodriguez in South Africa*, 1998).

Pero, a pesar de todo, Rodríguez siguió siendo invisible en Estados Unidos hasta que este magnético documental de 2012 le ha dado un golpe definitivo a su tendencia evanescente. El autor de piezas tan sugerentes como "Crucify your mind" ("Crucifica tu mente"), "This is not a song: it's an outburst" ("Esto no es una canción: es un estallido"), "Gommorah: a nursery rhyme" ("Gomorra: una canción de cuna"), "Hate street dialogue" ("El diálogo de la calle del odio") o la emblemática "Sugar man" ("El hombre dulce") sobre un *dealer* que trae "los mágicos barcos plateados que hacen desaparecer las dudas", recupera, en un salto hacia atrás de más de cuatro décadas, un lugar en la historia universal de la música popular en el que nunca había estado. Ya lo anticipaba el título de otra de sus canciones: "Climb up on my music and from there jump off with me" ("Trepá por mi música y salta conmigo desde allí"). Un viaje ciertamente prometedor entre los pliegues del tiempo. —

V I V I R E N L A R A Y A

el arte de Naranjo Rogelio

a partir de enero 2013



www.tlatelolco.unam.mx